

## ESQUILO

### LOS PERSAS

CORO.- Estos que aquí estamos, tras partir los persas para tierra griega, recibimos el nombre de fieles y, por privilegio de nuestra ancianidad, el de guardianes de estas ricas moradas repletas de oro. El propio Rey, el soberano Jerjes, que nació de Darío, nos escogió para cumplir la misión de velar por nuestro país. Preocupado por la vuelta del Rey y la de su ejército en oro abundante, como adivino de desgracias, ya se siente demasiado turbado	80	<i>tierra entera el humano rebaño prodigioso por dos caminos al mismo tiempo, confiado en aquellos que mandan en tierra su ejército y en los jefes firmes y rudos del mar, él, un mortal igual a los dioses, miembro de una raza nacida del oro<sup>6</sup>.</i>
10 el corazón dentro de mí. Todo el vigor de la juventud en Asia nacida ha partido, y por su esposo se queja aullando <la esposa que lo echa de menos.>. ¡Y no hay mensajero ni ningún jinete que llegue a esta ciudad de los persas!	90	<i>Estrofa 2ª</i> <i>Con la sombría mirada de un sanguinario dragón en sus ojos, al mando de miles de brazos y miles de naves, corre presuroso en su carro de guerra de Siria, y lleva, contra héroes famosos por su lanza<sup>7</sup>, un Ares que triunfa con el arco<sup>8</sup>.</i>
20 Marcharon dejando tras ellos Susa y Ecbatana, y la fortaleza antigua de Cisa <sup>1</sup> , unos a caballo; los otros en naves; y a pie, los soldados de la infantería, formando una masa compacta de tropas de guerra.	100	<i>Antístrofa 2ª</i> <i>De nadie se puede esperar que se oponga a ese tremendo torrente de hombres, que contenga con sólidos diques el invencible oleaje marino, pues es invencible el ejército persa y su pueblo de valiente corazón. Pero, ¿qué hombre mortal evitará el engaño falaz de una deidad? ¿Quién hay que con pie rápido dé con pleno dominio un fácil salto? Porque, amistosa y halagadora en un principio, Ate<sup>9</sup> desvía al mortal a sus redes, de donde ya no puede escapar el mortal, luego de haber procurado la huida por encima de ellas.</i>
30 Tales fueron Amistres, Artafrenes, Megabates y Astaspes, jefes persas, reyes que son del Gran Rey vasallos, como capitanes de un ejército inmenso, al mando de aquellos que vencen disparando flechas, de los caballeros que infunden pavor sólo al verlos y que son en la lucha terribles por la fama gloriosa de sus almas tenaces. Y Artembares, en su carro de guerra. Y Masistres y el arquero triunfante, el esforzado Imeo; y Farandaces; y Sóstanes, que a la lucha se lanza a caballo. A otros los envió el dilatado Nilo, el río que tanta tierra fertiliza <sup>2</sup> : Susiscanes, Pegastón -hijo de Egipto- y el magnífico Arsames, señor de la sagrada Menfis; y el que gobierna la venerable Tebas: Arimardo; y en las naves, los hábiles remeros de pantanosas aguas; y una muchedumbre innumerable.	110	<i>Estrofa 3ª</i> <i>Por voluntad divina, el Destino ejerció su poder desde antaño, y a los persas impuso la guerra en que son derruidas murallas y dirigir los choques violentos de los caballeros y las devastaciones de ciudades.</i>
40 Sigue una multitud del pueblo lidio (gente de vida regalada), que ejercen su dominio sobre todos los pueblos de su continente: Metrogates y el valiente Arteo, sus reyes comandantes; y Sardes, rica en oro, los envía al combate con inúmeros carros, escuadrones dotados con tiros de cuatro y seis caballos, espectáculo que infunde temor sólo al verlo. Los vecinos del sagrado Tmolo <sup>3</sup> acarician la idea de echar sobre Grecia un yugo de esclavitud:	120	<i>Antístrofa 3ª</i> <i>Y aprendieron a contemplar con respeto la sagrada extensión de las aguas del mar, de anchos caminos y blanca espuma debida al viento, confiados en los cordeles de lino trenzado y en artificios para hacer el transporte de tropas.</i>
50 Mardón y Tarbis, que resisten cual yunques la lanza enemiga. Los flecheros misios. Y Babilonia, la que es rica en oro, envía abigarrada muchedumbre en tropel a bordo de naves y confiados en su audacia de arqueros. Y de toda Asia les sigue la gente armada de espada que el Rey ha hecho ir con orden severa. Tal flor de varones de la tierra persa se ha puesto en camino.	130	<i>Estrofa 4ª</i> <i>Por eso, mi alma enlutada se siente desgarrada de temor -¡ay del ejército persa!- de que la ciudad llegue a saberse vacía de hombres, ¡la gran ciudad de Susa!</i>
60 Toda la tierra asiática que antaño los criara gime por ellos con intensa nostalgia: padres y esposas, contando los días, tiemblan ante un tiempo que se va dilatando.	140	<i>Antístrofa 4ª</i> <i>La ciudad de Cisa devolverá el eco -¡ay!-, profiriendo este grito de pena una confusa multitud de mujeres y sus finos vestidos de lino sufrirán desgarrones en señal de duelo.</i>
70 Estrofa 1ª <i>Ya ha cruzado el ejército real, destructor de ciudades, a la tierra vecina allende el mar, tras haber pasado al estrecho de Hele<sup>4</sup>, hija de Atamante, sobre un puente formado por barcos atados con cables de lino, luego de haber echado al cuello del mar ese yugo afirmado con múltiples clavos que sirviera de paso<sup>5</sup>,</i>		<i>Estrofa 5ª</i> <i>Todas las fuerzas de caballería, todos los soldados que marchan a pie, como enjambre de abejas, nos han dejado solos luego de haber cruzado el cabo marino común unido a ambas tierras<sup>10</sup>.</i>
<i>Antístrofa 1ª</i> <i>El osado monarca del Asia populosa hace avanzar contra la</i>		<i>Antístrofa 5ª</i> <i>Los lechos se llenan de lágrimas con la nostalgia de los maridos. Las mujeres persas, desalentadas por el dolor tras despedir, cada una de ellas, con el deseo amoroso con que ama al marido, al marcial y brioso marido, solas se quedan sin su consorte. Pero, ea, persas, sentados aquí, ante este antiguo techo<sup>11</sup>, apliquemos nuestra reflexión atenta y productora de profundos consejos, pero de prisa, que ya se acerca la necesidad. ¿Cómo le irá a Jerjes, al Rey que nació de Darío? ¿Será vencedor el disparo del arco? ¿O ha</i>

<sup>1</sup> Susa es una de las tres capitales del imperio persa. Ecbatana es la segunda ciudad. Cisa no es una ciudad, sino una región.

<sup>2</sup> Después de enumerar las tropas persas propiamente cita el Coro las de otros países vinculados al imperio persa.

<sup>3</sup> Monte de Lidia, al Sir de Sardes, la capital.

<sup>4</sup> Hele, hija de Atamante, rey de Tebas, se ahogó al cruzar el estrecho de los Dardanelos, cuando a lomos del carnero del vellocino de oro huía de su madrastra Ino. Esa parte del mar recibió el nombre de Helesponto.

<sup>5</sup> Cf. Herodoto *Historia* ...VII 36.

<sup>6</sup> Alusión al mito de Perseo, epónimo de Persia, que nació de Danae fecundada por Zeus en forma de lluvia de oro.

<sup>7</sup> Los griegos.

<sup>8</sup> Sinécdoque: un ejército que se sirve del arco para lograr el triunfo.

<sup>9</sup> Deidad que personifica el error. Sin que lo adviertan, Ate se posa en la cabeza de los mortales y ciega su mente, induciéndolos a la ruina

<sup>10</sup> Alegórico del puente de barcas que construyeron los persas para trasladar desde Asia al ejército de tierra.

<sup>11</sup> El palacio real.

prevalecido el vigor de la lanza de punta de hierro<sup>12</sup> ?.

(Entra en escena, procedente de palacio, la Reina, con su comitiva.)

*Pero aquí -luz igual a los ojos de dioses-*

150

*sale la madre del Rey y mi Reina.*

(El Coro acompaña con la acción sus palabras.)

*Me postro ante ella. Preciso es que todos la saludemos con expresiones de reverencia.*

CORI.- ¡Oh Reina, excelsa entre las persas de apretada cintura, madre anciana de Jerjes, salve, esposa de Darío! Por naturaleza fuiste la esposa del dios de los persas y madre igualmente de un dios, a no ser que la antigua fortuna huya abandonando ahora al ejército.

220

160

REINA.- Por esto vengo, abandonando el palacio adornado de oro y la alcoba nupcial que compartí con Darío.

Me desgarran el corazón la inquietud. Os voy a dirigir unas razones, amigos míos, porque en manera alguna deo de presentir el temor de que la gran riqueza cubra de polvo el suelo<sup>13</sup> y de un puntapié eche abajo la dicha que levantó Darío no sin la ayuda de alguna deidad. Por eso tengo en mi alma una doble preocupación: que la gente deje de respetar con el honor debido unas riquezas carentes de varón que las defiendan, y que un hombre, por falta de riquezas, no brille en la medida debida a su poder. Pues nuestra riqueza no tiene tacha alguna, pero en cambio mi miedo es por el ojo, pues ojo

230

170

de la cosa considero la presencia del amo.

Ante esto, pensad que es así y sed mis consejeros en lo que os diga, persas, mis más fieles ancianos, pues todos los consejos ventajosos en vosotros los tengo.

CORI.- Sabe bien esto, Reina de este país: no es preciso que me mandes dos veces que diga una palabra o ejecute una acción en que mi esfuerzo pueda guiarte, pues estás invitando a ser consejeros en estos asuntos a nosotros que somos tus amigos.

REI.- Continuamente vivo en medio de inúmeros ensueños nocturnos, desde que mi hijo, tras haber aprestado su ejército, partió con la intención de arrasar el país de los jonios. Pero nunca hasta ahora tuve una visión de tal claridad como la he tendido la noche pasada. Te la contaré.

180

240

Me pareció ver dos mujeres con rico atuendo: la una, ataviada con vestidos persas, la otra con dóricos, ante mi vista se presentaron, mucho más excelentes en altura que las de ahora e irreprochables por su belleza, y ambas hermanas, del mismo linaje.<sup>14</sup> Como patria habitaban, la una, Grecia, tierra que obtuvo en suerte, la otra la tierra bárbara. Según creía yo ver, ambas andaban preparando cierta discordia entre ellas, y mi hijo, que se enteró, estaba conteniéndolas y apaciguándolas, tras lo cual, las unce a su carro y pone colleras bajo sus cuellos. Una se ufana con este atalaje y tenía su boca obediente a las riendas. La otra, en cambio, se revolvió y con las manos iba rompiendo las guarniciones que al carro la uncián; tras arrancárselas con violencia, quedó sin bridas y partió el yugo por la mitad. Cae mi hijo, y su padre Darío se pone a su lado, compadeciéndolo. Al verlo Jerjes, se rasga el vestido que cubre su cuerpo. Te digo -sí- que esto he visto esta noche.

190

Luego me levanté y toqué con mis manos una fuente, de bella corriente, y con mano dispuesta a ofrendar me acerqué al altar con la intención de ofrecer la torta sagrada en honor de los dioses que salvan de males, de quienes son propias estas ofrendas. Y entonces veo un águila huyendo hasta el hogar que hay en el altar de Febo, y de miedo me quedo, amigos, sin voz. Me fijo después en un halcón que, en veloz aleteo, se arroja sobre ella y con sus uñas le va arrancando plumas de la cabeza. Pero el águila no hacía otra cosa que hacerse un ovillo y abandonarse. Para mí fue terrible de ver,

200

210

como lo es oírlo para vosotros, pues lo sabéis bien: si mi hijo llegara a triunfar, sería un héroe fuera de lo común; pero, si fracasara... no tiene que rendir cuentas a la ciudad y, con tal que se salve, seguirá siendo el Rey de esta tierra.

CORI.- No pretendemos, madre, asustarte en exceso con palabras ni tampoco animarte. Si, al ir a suplicar a los dioses, tuviste una visión desagradable, ruégales que la aparten de nosotros y que bienes se cumplan, en cambio, para ti, tu hijo, la ciudad y todos los amigos. En segundo lugar, es preciso que en honor de la tierra y los muertos se viertan libaciones. Con benevolencia pídele esto:

que tu esposo Darío, a quien dices que viste esta noche, desde el interior de la tierra os envíe a la luz cosas excelentes a ti y a tu hijo, y que sus contrarias, aprisionadas bajo la tierra, las envuelva en tinieblas la oscuridad. Esto es lo que yo te aconsejo benévolamente, según me lo da el corazón. Y sobre ello opinamos que de cualquier modo todo te irá bien.

REI.- Sin duda ninguna, tú has sido el primero que ha dado valor al signo divino que encierra mi sueño y ha sido su intérprete con ánimo amigo para mi hijo y para mi casa. ¡Que todo acabe bien! Todo lo haré, conforme desees, en honor de los dioses y de mis amigos que están bajo tierra, tan pronto volvamos al palacio. Pero quiero enterarme bien, amigos míos: ¿en qué lugar de la tierra dicen que Atenas está situada?

CORI.- Lejos, hacia poniente, por donde se acuesta el soberano sol.

REI.- ¿Pero de verdad sentía deseos mi hijo de apoderarse de esa ciudad?

CORI.- Sí, pues así llegaría a ser súbdita del Rey toda Grecia.

REI.- ¿Pues tanta abundancia de soldados tiene su ejército?

<CORI.- ... >.

<REINA.- ...><sup>15</sup>

CORI.- Incluso siendo así, ha causado a los medos desgracias sin cuento.

REI.- ¿Acaso sobresale en tirar con sus manos flechas sirviéndose del arco?

CORI.- De ninguna manera. Combaten a pie firme con lanzas, y portan armaduras y escudos.

REI.- ¿Y qué, además de esto? ¿Hay en sus casas bastantes riquezas?

CORI.- Tienen una fuente que les mana plata<sup>16</sup>, un tesoro que encierra su tierra.

REI.- ¿Y qué Rey está sobre ellos y manda su ejército?

CORI.- No se llaman esclavos ni súbditos de ningún hombre.

REI.- ¿Cómo, entonces, podrían resistir ante gente enemiga invasora?

CORI.- Hasta el punto de haber destruido al ejército ingente y magnífico del rey Darío.

REI.- Dices cosas terribles, motivo de angustia para las madres de aquellos que están en campaña

CORI.- Pero me parece que pronto vas a saber noticias completas sin mezcla de error, pues la carrera de ese hombre permite ver que se trata de un persa y que, buena o mala, nos trae una clara noticia.

(*Llega un Mensajero.*)

MENSAJERO.- ¡Oh ciudades de toda la tierra de Asia! ¡Oh país persa y puerto abundante en riqueza!

¡Cómo de un solo golpe ha sido aniquilada tu inmensa dicha!

¡La flor de los persas ha caído muerta! ¡Ay de mí, mi primera desgracia es anunciar estas desdichas! Es, persas, sin embargo, forzoso que yo os informe de todo el desastre. ¡Sí;

todo el ejército ha perecido!

CORI.

<sup>15</sup> Se han perdido dos versos, en los que el Corifeo contestaría que el ejército ateniense no puede compararse en número con el persa, y que la Reina preguntaría en qué radica la importancia de un ejército tan pequeño. Son versos básicos para la interpretación de la obra.

<sup>16</sup> Las minas de Laurión.

<sup>12</sup> Se destaca la oposición arqueros (persas) / lanceros (griegos).

<sup>13</sup> Esto es: "quede aniquilada."

<sup>14</sup> Hay cierta humanidad en esta expresión.

Estrofa 1<sup>a</sup>  
*¡Dolorosa, dolorosa desgracia repentina y desgarradora!  
 ¡Persas, llorad de oír este dolor!*

260 MEN.- Sí; porque todo el ejército aquel se ha perdido,  
 y yo mismo estoy viendo la luz del regreso sin que lo esperara.  
 COR.

Antístrofa 1<sup>a</sup>  
*¡Qué larga vida la que tenemos! ¡Que en nuestra ancianidad  
 hayamos visto un tiempo para oír este dolor inesperado!*

MEN.- Como realmente estuve presente y no lo sé por haber  
 oído palabras de otros, puedo, persas, contaros qué crueles  
 desgracias ocurrieron.

COR.

Estrofa 2<sup>a</sup>  
*¡Ay, ay, ay, ay! ¡En vano innúmeros dardos fueron en masa  
 desde asiática tierra*

270 *-¡ay, ay!- a Grecia, la tierra enemiga!*

MEN.- Llenas de muertos que perecieron de mala manera  
 están las costas de Salamina y todos los lugares vecinos.  
 COR.

Antístrofa 2<sup>a</sup>  
*¡Ay, ay, ay, ay! ¡Me dices que los cuerpos de mis amigos,  
 luego de morir, hundidos en el mar son arrastrados por el  
 oleaje que los voltea con sus vagarosos mantos forrados!*

MEN.- Sí; no servían para nada los arcos; y todo el ejército  
 sucumbió vencido por la embestida de los navíos.  
 COR.

Estrofa 3<sup>a</sup>  
*¡Lanza un grito de pena  
 en honor de los desgraciados, un grito de dolor, porque todo lo  
 han puesto <los dioses> muy doloroso para los persas -¡ay,  
 ay!-, al ser mi ejército aniquilado!*

MEN.- ¡Oh nombre de Salamina, el más odioso que pueda  
 oírse! ¡Ay, cuántos lamentos me causa el recuerdo de Atenas!

350 COR.

Antístrofa 3<sup>a</sup>  
*¡Odiosa es -sí- Atenas para los que sufrimos esta desgracia!  
 Tengo, en verdad, derecho a mencionar las muchas mujeres  
 de Persia que, sin ninguna utilidad, ha dejado sin hijos y sin  
 maridos.*

REI.- Hace rato que estoy en silencio yo, infortunada, aturdida  
 por la desgracia,  
 pues este desastre lo supera todo: no permite hablar ni  
 preguntar por las desventuras. Sin embargo, es obligado para  
 los mortales el soportar los sufrimientos, si los dioses los dan.  
 Pon ante nuestros ojos todo nuestro infortunio. Cálmate y  
 habla, aunque te haga llorar la desgracia. ¿Quién no ha  
 muerto? ¿A qué jefe tendremos que llorar de entre los  
 designados para el mando? ¿Quién, al morir, dejó a su tropa  
 sola, desprovista de un héroe que la mandase?

MEN.- Jerjes sí que vive y ve la luz del sol.

300 REI.- Has dicho algo que es una gran luz para mi casa  
 y un blanco día tras una negra noche.  
 MEN.- Artembares, el jefe de diez mil caballeros, chocó contra  
 las ásperas riberas de Silenias<sup>17</sup>. Dádaces, que a mil  
 hombres mandaba, por un golpe de lanza, saltó de la nave con  
 un salto brusco. Tenagón, el más valiente noble de los  
 bactrios<sup>18</sup>, se estrelló contra la isla de Ayante<sup>19</sup> batida por las  
 olas. Lileo, Ársames y, el tercero, Argestes, en torno a la isla  
 criadora de palomas, en plena confusión, fueron chocando,  
 uno tras otro, contra la dura tierra.

310 Lo mismo también el que era vecino de las fuentes del egipcio  
 Nilo, Farnuco, y los que de una sola nave cayeron: Arcteo,  
 Adeves, y Feresceves, en tercer lugar. Matalo de Crisa<sup>20</sup>, que  
 era jefe de diez mil guerreros, murió humedeciendo su barba

luenga, cerrada, rojiza, y cambiando el color con un baño  
 purpúreo de sangre. Árabo, el mago, y Artabes de Bactria, que  
 a su mando tenía tres millares de jinetes negros, yacen  
 enterrados en la dura tierra en que perecieron. Amistris y  
 Anfístreo, blandiendo de continuo su infatigable lanza.  
 El valiente Ariomardo, que ha sumido a Sardes en luto.  
 Sísames de Misia<sup>21</sup> y Táribis, capitán de quinientos cincuenta  
 navíos, de raza limea<sup>22</sup>, varón de prestancia, yace muerto,  
 infeliz, sin próspera suerte. Siénesis, primero en valentía, jefe  
 de los cilicios<sup>23</sup>, un varón que él solo dio el máximo trabajo a  
 los enemigos, murió honrosamente. He hecho memoria ahora  
 de tales caudillos. Corto me quedo al dar sólo noticias de unas  
 pocas desgracias, de entre las muchas que sucedieron.

330 REI.- ¡AY, ay! Estoy oyendo en éstas las más profundas de las  
 desgracias. Son el oprobio para los persas y motivo de agudos  
 lamentos. Pero dime esto, volviendo a tu informe: ¿tanto era el  
 número de naves enemigas para que osaran trabar combate  
 con la armada persa mediante embestidas navales?  
 MEN.- En cuanto el número -entérate con claridad-, esas  
 naves hubieran podido ser vencidas por las naves bárbaras.  
 El número total ascendía a diez treintenas de naves, y, aparte  
 de éstas, había una decena especial,  
 mientras que Jerjes -también lo sé- disponía de naves hasta un  
 millar, que tenía a su mando directo y, además, doscientas  
 siete naves ligeras. Ésta es la proporción. ¿Te parece a ti que  
 en eso estábamos en condiciones de inferioridad para el  
 combate? Pero aun así, una deidad perdió al ejército, pues  
 desvió la balanza en contra de nosotros sin concedernos igual  
 fortuna. Los dioses protegen habitualmente a la ciudad de  
 Palas.<sup>24</sup>

REI.- ¿Entonces, está todavía sin destruir la ciudad de Atenas?  
 MEN.- Así es, pues mientras hay hombres, eso constituye un  
 muro inexpugnable<sup>25</sup>.

REI.- Dime cómo fue el comienzo del combate naval.  
 ¿Quiénes iniciaron la lucha? ¿Los griegos? ¿O mi hijo, lleno de  
 orgullo por el gran número de sus navíos?  
 MEN.- Comenzó, Señora, todo el desastre, al aparecer,  
 saliendo de algún sitio, un genio vengador alguna perversa  
 deidad. Sí; vino un hombre griego del ejército de los atenienses  
 y dijo a tu hijo Jerjes<sup>26</sup> que, a la llegada de la oscuridad de la  
 negra noche, no permanecerían allí los griegos, sino que  
 saltarían a los barcos de remo, que tienen las naves y cada  
 cual por un sitio distinto, procurando ocultarse al huir,  
 intentarían salvar la vida.

360 ÉI, inmediatamente que lo hubo oído, sin advertir el engaño del  
 hombre griego ni tampoco la envidia de los dioses<sup>27</sup>, comunicó  
 esta orden a todos los que eran capitanes de barco: cuando  
 dejase el sol de alumbrar con sus rayos la tierra y las tinieblas  
 ocuparan el sagrado recinto del cielo, formarían en tres líneas el  
 grueso de la escuadra y el resto de las naves dispusieran en  
 círculo alrededor de la isla de Ayante, con la finalidad de evitar  
 la salida de barcos enemigos y vigilar las rutas rugientes por el  
 oleaje; así, si intentaban los griegos esquivar su funesto  
 destino, una vez que hallaran un medio de huir con las naves  
 sin que se advirtiera,  
 tenían a su alcance el dejar sin cabeza a todo enemigo. Tan  
 graves órdenes Jerjes dictó por haberse dejado llevar de su

<sup>21</sup> Región situada al NO de Asia Menor.

<sup>22</sup> De Lima, ciudad de la Tróade.

<sup>23</sup> De Cilicia, región situada en la costa SE de Asia Menor.

<sup>24</sup> Atenas. Palas es un epíteto de Atenea.

<sup>25</sup> Alusión al consejo de Temístocles de abandonar la ciudad al saqueo de los persas y concentrar todas las fuerzas contra el invasor, en lugar de conceder prioridad a la defensa de Atenas.

<sup>26</sup> Cuenta Herodoto (VIII 75) que Temístocles envió a Sicino para aconsejar a Jerjes que cortara la retirada a la flota griega mediante un bloqueo. La finalidad de Temístocles era obligar por este medio a los persas a combatir en aguas donde la maniobra les resultara difícil.

<sup>27</sup> Así suele expresarse la actitud de los dioses para con el hombre que, sin ser consciente de sus limitaciones humanas, incurre en conducta desmesurada.

<sup>17</sup> Promontorio rocoso de Salamina, ala entrada del estrecho.

<sup>18</sup> De Bactria, provincia del imperio persa.

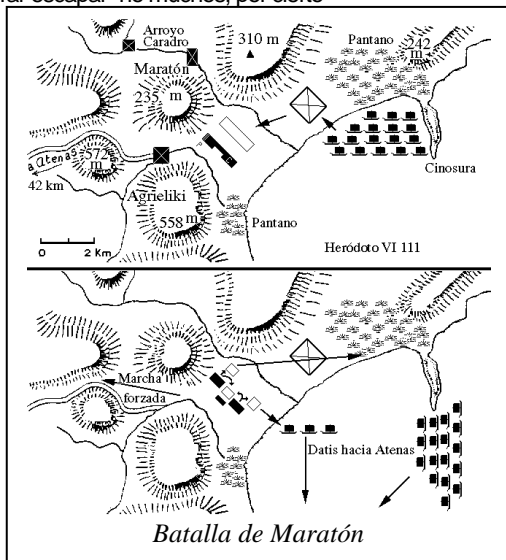
<sup>19</sup> Salamina.

<sup>20</sup> Ciudad de Tróade.



Pero, dime tú: las naves que han conseguido escapar a la mala fortuna ¿dónde estaban cuando las dejaste? ¿Me lo puedes decir con exactitud?

- 480 MEN.- Los capitanes de los navíos que se salvaron, rápidamente emprendieron la huida en desorden, aprovechando el viento que era favorable. Y el resto de las fuerzas fue pereciendo en Beocia: los unos, sufriendo la sed en torno al atractivo resplandor de una fuente, los otros, extenuados por la fatiga, atravesamos hacia tierra focense, el país de la Dóride, el golfo Melieo, a cuya llanura le da de beber el río Esperqueo con su bienhechora bebida. Desde allí, el suelo de Acaya<sup>36</sup> y las ciudades de los tesalios nos recibieron cuando empezábamos a estar escasos de provisiones, y allí murieron
- 490 muchos de sed y de hambre, pues de ambas había. Llegamos al país de Magnesia y al territorio de los macedonios, a la cuenca del río Axio<sup>37</sup>; divisamos el cañaveral lacustre de Bolba, el monte Pangeo<sup>38</sup> y la tierra de los edones<sup>39</sup>. Esa noche, un dios suscitó un invierno temprano e hizo que se helara toda la corriente del sagrado Estrimón<sup>40</sup>. Todos los que antes en manera alguna creían en los dioses, entonces oraron con súplicas adorando a la Tierra y al Cielo. Luego que el ejército acabó de invocar a los dioses múltiples veces, intentó cruzar a través de la helada corriente; y quien de nosotros partió antes de esparcirse los rayos del dios<sup>41</sup>, se encontró salvado, pues, como ardía con resplandores el brillante disco del sol, fue calentándolo con sus llamas y atravesando el centro del río. Unos sobre otros se fueron hundiendo, y en verdad tuvo suerte el que más pronto perdió el aliento vital. Los demás que lograron la salvación atravesaron Tracia con dificultad, con innumerable fatigas; y después de
- 510 lograr escapar -no muchos, por cierto-



llegaron a la tierra donde tienen su hogar. Así que la ciudad de los persas puede llorar y echarla de menos a la amadísima juventud del país. Ésta es la verdad. Y omito al hablar muchas desgracias que un dios ha lanzado contra los persas.

(Sale de escena el Mensajero.)

CORI.- ¡Oh deidad que has obrado de modo funesto! ¡Cuán demasiado pesada has pisoteado con ambos pies la raza pérsica entera!

REI.- ¡Ay de mí, infeliz, por el ejército aniquilado! ¡Oh visión evidente de mis ensueños de la noche pasada, cuán muy claramente me mostraste mis males! (*Dirigiéndose al Coro.*)

520

<sup>36</sup> Al sur de Tesalia.  
<sup>37</sup> Río de Tracia.  
<sup>38</sup> En Macedonia.  
<sup>39</sup> En Tracia.  
<sup>40</sup> Río de Tracia.  
<sup>41</sup> Del sol.

En cambio, vosotros lo interpretasteis muy a la ligera.

Y, sin embargo, puesto que fue vuestro consejo, quiero primeramente orar a los dioses. Después llegaré con ofrendas para la tierra y para los muertos, la sagrada torta que traeré de mi casa. Yo sé que es por empresas que han fracasado, pero también por si en el futuro ocurre algo mejor. Preciso es que vosotros, después de lo ocurrido, a los que os son leales, les aportéis leales consejos. Y a mi hijo, si llegara aquí antes que yo, dadle consuelo y acompañadle a casa, no vaya a ser que a esas desgracias les añada alguna otra desgracia.

(*La Reina sale con su séquito.*)

COR.- ¡Oh Zeus soberano, has aniquilado al orgulloso ejército persa constituido por un ingente número de hombres? ¡Has cubierto las ciudades de Susa y Ecbatana con un profundo dolor sombrío! Con manos delicadas, muchas mujeres desgarran sus velos <...> y en llanto abundante empapan su seno, como partícipes que son de la pena.

540

Las esposas persas, con tientos gemidos, deseosas de ver sus recientes bodas<sup>42</sup>, se han despedido de las muelles ropas del lecho nupcial, del goce de su dulce juventud, y lloran con lamentos insaciables. Y también yo voy a cantar la muerte de los que se fueron, llena -está probado- de sufrimientos.

Estrofa 1ª

Porque -sí- ahora está gimiendo toda la tierra de Asia al haberse quedado desierta. Jerjes se lo llevó -jay, ay!-,

550

Jerjes hizo que perecieran -jay, ay!-, Jerjes todo lo organizó de modo insensato con sus barcos marinos. ¿Por qué Darío, jefe de arqueros que nunca hizo daño, no estuvo entonces también al mando de los ciudadanos, el amado caudillo de Susa<sup>43</sup>? Pues a los de a pie y a los marineros, con alas de lino<sup>44</sup> de aspecto sombrío, los navíos se los llevaron -jay, ay!-, los navíos les dieron la muerte -jay, ay!-, los navíos, con ataques causantes de todo el desastre. Por culpa del ejército jonio -oímos- apenas pudo escapar el propio soberano por los llanos caminos de crudos inviernos de Tracia.

560

Estrofa 2ª

Y los que primero por una muerte irremediable fueron atrapados -jay!- amontonándose han ido -jay!- en torno a las riberas de Cícreo<sup>45</sup>.

570

Gime y rechina los dientes en duelo, y eleva hasta el cielo los sordos lamentos de tu dolor -jay!-, y profiere con fuerza una voz desdichada, un grito que entrañe lamentos.

Antístrofa 2ª

Doblegados por el mar pavoroso -jay!-, son desgarrados -jay!- por los hijos sin voz<sup>46</sup> del mar incorruptible -jay!-. Lloro al varón cada casa que sin él quedó, y los padres que ya están sin hijos

580

-jay!- lamentan sus penas sin par, e igual los ancianos, al oír su completo dolor.

Estrofa 3ª

Y tras largo tiempo, por tierras de Asia ya no se rigen por leyes persas, ya no pagan tributos a las exigencias del amo<sup>47</sup>, ni se prosternan en tierra adorándolo, pues el regío poder ya ha perecido.

590

Antístrofa 3ª

Ya no tienen los hombres la lengua guardada, pues, para

<sup>42</sup> Metonimia: Bodas o maridos, cuyo regreso ansían

<sup>43</sup> "Entonces" se refiere al momento de emprender la expedición.

<sup>44</sup> Las velas.

<sup>45</sup> Metonimia: "Salamina". Cícreo es un héroe de Salamina que se apareció en forma de serpiente a los combatientes griegos de Salamina.

<sup>46</sup> Los peces.

<sup>47</sup> Referencia a las consecuencias económicas y políticas de la derrota para el imperio persa. Esquilo subraya la condición de "amo" del rey de Persia.

- hablar libre, se ha soltado el pueblo <sup>48</sup>, puesto que el yugo que la fuerza imponía se desató, y la isla de Ayante que bañan en torno las olas, en sus campos ensangrentados, tiene enterrado el poder de los persas.  
(Entra en escena la Reina. Su atuendo es severo y sencillo. Las sirvientas que la acompañan portan ofrendas.)  
REI.- Cualquiera que tiene experiencia de males sabe que, entre los mortales,
- 600 cuando un oleaje de infortunio les sobreviene, todo suele asustarlos; cuando, en cambio, el destino fluye favorable, confían en que siempre ha de soplar el mismo viento de buena suerte. Del mismo modo, a mí, que ya estoy llena de temor en todo, se revela a mis ojos la hostilidad que me envían los dioses y grita en mis oídos un clamor que no es adecuado para curarme <sup>49</sup>. Tal terror me han causado los infortunios que atemorizan mi corazón. Por eso salí de palacio de nuevo y emprendí este camino sin carro, sin mi antiguo esplendor, llevándole al padre de mi hijo libaciones que nos lo hagan propicio, ofrendas que aplacan a los muertos:
- 610 la dulce leche blanca de una vaca sin señal de yugo; el licor de la obrera que trabaja en las flores <sup>50</sup>: la muy brillante miel rociada con agua corriente de una fuente virgen; la bebida pura nacida de una madre salvaje: esta alegría <sup>51</sup> de una vid añosa; el fruto oloroso de la verde oliva frondosa, de vida perenne en sus hojas; y flores trenzadas nacidas de la tierra que todos los frutos produce. Ea, amigos míos, sobre estas libaciones que ofrezco a los muertos, entonad himnos y llamad aquí arriba al divino Darío,
- 620 que yo enviaré estas ofrendas que bebe la tierra en honor de los dioses subterráneos.  
(Mientras el Coro empieza a cantar, la Reina, con sus sirvientas, se dirige a la tumba de Darío.)  
COR.- *Mujer, tú que eres Reina, persona venerable para los persas, envía libaciones a las cámaras que tiene tu esposo bajo la tierra, que nosotros rogaremos con himnos que nos sean favorables los guías subterráneos que tienen los muertos. Ea, sagradas deidades subterráneas: Tierra, Hermes y tú, Rey de los muertos* <sup>52</sup>, *enviad desde abajo un alma a la faz!*  
Pues, si algún ventajoso remedio de nuestras desdichas conoce, sólo él entre los mortales podría decirnos el fin que tendrán.  
(El Coro canta acompañando con la acción sus palabras.)  
Estrofa 1ª  
*¿Me oyes, Rey como un dios que alcanzaste la dicha, cuando pronuncio las claras palabras en lengua bárbara con múltiples tonos, lúgubres, de triste sonido? A pleno pulmón yo voy a gritar mis dolores por tanto infortunio. ¿Me estará oyendo desde allá abajo?*
- 630 Antístrofa 1ª  
*¡Ea, tú, Tierra, y vosotros también, los que sois los demás soberanos de las subterráneas regiones; permitid que salga de sus moradas la gloriosa deidad, el dios de los persas que en Susa nació* <sup>53</sup>! *¡Enviad aquí arriba a quien es cual ninguno la tierra de Persia había tenido jamás en su seno!*  
Estrofa 2ª  
*Amado es nuestro héroe, amada, sí, su tumba, porque encierra la forma de ser que nos es amada. Edoneo* <sup>54</sup>, *tú que*
- 650 *haces que suban a la luz las almas de los muertos, Edoneo, permite que suba hasta aquí el divino soberano Darío. ¡Eh!*
- ¡Eh!  
Antístrofa 2ª  
*Pues nunca llevó hombres a la muerte con locuras que matan mediante la guerra. Inspirado de un dios le llamaban los persas e inspirado de un dios él lo era, pues así conducía el timón del ejército. ¡Ah! ¡Ah!*  
Estrofa 3ª  
*¡Rey, antiguo Rey, ea, llégate! ¡Ven hasta el punto más alto de la tumba! ¡Alza la sandalia azafrañada de tu regio pie y haz que brille el botón de tu tiara! ¡Ven, Darío, tú, que, como un padre, nunca hiciste daño! ¡Oh!*  
Antístrofa 3ª  
*Para oír los recientes dolores, comunes a todo el país, ¡aparece, Señor de señores! Porque una bruma propia de Éstige* <sup>55</sup> *ha sobrevolado y la juventud de nuestro país toda ha perecido.*  
*¡Ven, Darío, tú, que como un padre, nunca hiciste daño! ¡Oh!*  
Épodo  
*¡Ay, ay! ¡Ay, ay! Oh tú, que, al morir, fuiste muy llorado por tus amigos! ¿Por qué, Señor, Señor, este doble* <sup>56</sup> *error digno de doble lamento para todo este país tuyo? «Se han perdido las naves de tres bancos de remos. Ya no hay naves, ya no, ya no hay naves!»*
- 660 (La Sombra de Darío aparece encima de la tumba.)  
SOMBRA.- ¡Oh fieles entre fieles, compañeros que fuisteis de mi juventud, ancianos de Persia, ¿qué sufrimientos padece la ciudad? Gime y se golpea en señal de duelo, y hasta el suelo se abre <sup>57</sup>. Siento espanto de ver a mi esposa cerca de mi tumba, mas sus libaciones propicio acepté. Y vosotros estáis al lado del túmulo cantando canciones de duelo y, alzando gemidos que atraen a las almas, llamándome estáis con voz lastimera. No es fácil salir: sobre todo porque las deidades que tienen poder bajo tierra más prontas están a coger que a soltar. Sin embargo ejercí mi influencia sobre ellas y he venido aquí. Date prisa, con el fin de que yo no merezca reproche en el uso del tiempo <sup>58</sup>. ¿Qué grave, reciente desgracia padecen los persas?  
COR.-  
Estrofa.  
*No me atrevo a mirarte de frente, no me atrevo a hablar ante ti, por el temor piadoso que antaño me inspirabas.*  
SOM.- Pero, ya que he venido de abajo siendo obediente a tus gemidos, sin hacer un relato prolijo, sino con brevedad, habla y da fin a tu informe completo, prescindiendo del respeto hacia mi.  
COR.  
Antístrofa.  
*Rehuyo complacerte.*  
*Rehuyo hablar ante ti, luego de haber dicho algo que es triste de oír para mis amigos* <sup>59</sup>.
- 700 SOM.- Pero, ya que el antiguo temor prevalece en tu corazón (dirigiéndose ahora a la Reina), tú, anciana compañera de mi lecho, mi noble esposa, cesa en esas lágrimas y lamentos y dime algo claro. Humanos sufrimientos les pueden suceder a los mortales. Muchos desastres les vienen, a los hombres, del mar y muchos otros de tierra firme, si una vida demasiado larga se extiende tiempo adelante.  
REI.- ¡Oh tú, que aventajabas en dicha a todos los mortales con tu feliz suerte. Porque, mientras veías los rayos del sol, pasaste una vida dichosa, envidiado lo mismo que un dios por los persas; y ahora, en cambio, siento envidia de ti porque has muerto antes de haber visto el abismo de vuestras desgracias. Sí, Darío, todo el relato oírás en breve tiempo: por decirlo en una palabra, está aniquilado el poder de los persas.  
SOM.- ¿De qué modo? ¿Vino algún terrible azote de peste o la
- 710

<sup>48</sup> Alusión a las consecuencias de la derrota en política interior. Naturalmente Esquilo mira con óptica griega la caída de una autocracia.

<sup>49</sup> La Reina expresa la inquietud que le han producido las últimas palabras del Coro.

<sup>50</sup> Perífrasis: "la abeja".

<sup>51</sup> Metonimia: "el vino".

<sup>52</sup> Hades.

<sup>53</sup> Perífrasis: "Darío".

<sup>54</sup> Hades.

<sup>55</sup> Río del reino de Hades.

<sup>56</sup> Las pérdidas materiales y humanas.

<sup>57</sup> Para que salga a la luz Darío

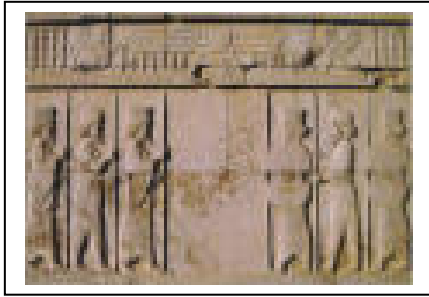
<sup>58</sup> El plazo de que dispone Darío para conversar con los vivos.

<sup>59</sup> Se refiere al contenido de sus lamentos.

- guerra civil?  
REI.- Nada de eso, sino que en las proximidades de Atenas ha perecido todo el ejército.  
SOM.- ¿Y cuál de mis hijos condujo la expedición hasta allí? Explícamelo.  
REI.- El valiente Jerjes, dejando desierta toda la llanura del continente.  
SOM.- ¿Fue a pie o navegando como el desdichado intentó esa locura?  
720 REI.- De ambos modos: un doble frente tenía su doble ejército.  
SOM.- Pero, ¿cómo también consiguió un ejército tan grande de tierra atravesar hasta la otra orilla?  
REI.- Mediante artificios unció ambas orillas del estrecho de Hele, de modo que así pudiera haber paso.  
SOM.- ¿Y lo consiguió hasta el punto de poder cerrar el gran Bósforo?  
REI.- Así es. Sin duda ninguna, alguna deidad le ayudó en su intención.  
SOM.- ¡Ay! ¡Sí! ¡Una deidad vino a él con tan gran poder que ya no podía pensar con prudencia!  
REI.- Hasta el punto de poder ver qué tremendo desastre ha llevado a cabo.  
SOM.- ¿Y por qué, así, gemís por los mismos que lo realizaron?  
REI.- Una vez que la escuadra fue derrotada, esto causó la perdición de las fuerzas de tierra.  
SOM.- ¿Y ha perecido así, completamente, a punta de lanza el pueblo entero?  
730 REI.- Hasta el punto que, entera, la ciudad de Susa llora su carencia total de varones  
SOM.- ¡Ay de nuestro ejército, nuestra ayuda y socorro!  
REI.- Se ha perdido entero el pueblo de los bactrios. Y, entre ellos, no había siquiera un anciano.  
SOM.- ¡Oh desdichado, qué juventud de los aliados ha hecho perecer!  
REI.- Dicen que Jerjes, solo y abandonado, con no muchas tropas...  
SOM.- ¿Cómo y adónde está yendo a parar? ¿Tiene salvación?  
740 REI.- Contento ha llegado hasta el puente, única unión de los dos continentes .  
SOM.- ¿Y que está a salvo ya en nuestra tierra? ¿Es eso verdad?  
REI.- Sí. Predomina un informe seguro sobre eso y no hay desacuerdo.  
SOM.- ¡Ay! ¡Rápido vino el cumplimiento de los oráculos! ¡Y sobre mi hijo hizo caer Zeus con todo su peso el desenlace de las profecías!  
750 ¡Y yo que tenía confianza en que los dioses les darían cumplimiento completo cuando hubiera pasado un largo tiempo! Mas, cuando uno mismo es quien se apresura, recibe también la ayuda de un dios. Parece que ahora se ha hallado una fuente de males para todos los seres que quiero. Y mi hijo, sin advertirlo, con una juvenil temeridad, lo ha llevado a cabo. Sí. Él abrigó la esperanza de sujetar con cadenas, como a un esclavo, al sagrado, fluyente Helesponto, al Bósforo, acuífera corriente de un dios. Y fue transformando en su ser el estrecho, y, luego que le impuso trabas hechas con el martillo, abrió un inmenso camino para nuestro ejército inmenso. Él, que es un mortal, falto de prudencia, creía que iba a imponer su dominio a todos los dioses y, concretamente, sobre Posidón<sup>60</sup> .  
¿Cómo no iba a ser víctima en esto mi hijo de alguna enfermedad de la mente? Temo que mi riqueza, producto de inmensa fatiga, llegue a ser un botín para el hombre que más se apresure.  
REI.- Esto ha aprendido el valeroso Jerjes por tratarse con
- hombres malvados. Le dijeron que tú habías adquirido mediante la lanza una gran riqueza para tus hijos, pero que él, por su cobardía, sólo manejaba la jabalina dentro de casa, sin aumentar la riqueza paterna. De oír con frecuencia tales reproches de hombres malvados, determinó esta expedición y una campaña en contra de Grecia.  
SOM.- Efectivamente, ellos han producido el más grande desastre, de recuerdo imperecedero, como jamás otro dejó desierta la ciudad y los campos de Susa, desde aquel momento en que Zeus soberano concedió este honor: que un hombre solo ejerciera el poder con el cetro propio del gobernante sobre Asia entera criadora de ovejas. Fue Medo el primer jefe del ejército. Después de aquél, un hijo suyo cumplió esta función. Ciro, el tercero a partir de él, hombre de suerte, tan pronto como hubo empezado su mando, impuso la paz entre todos los pueblos amigos, porque su mente llevaba el timón de sus impulsos. Conquistó el pueblo lidio y el de los frigios, y por la fuerza sometió a toda Jonia. No hubo ni un dios que le fuera hostil, porque era prudente por naturaleza. El hijo de Ciro<sup>61</sup> fue el cuarto que mandó el ejército. Gobernó el quinto Mardo, que fue una vergüenza para nuestra patria y el antiguo trono . Le dimos muerte, mediante un engaño, el insigne Artáfnenes y yo dentro de palacio con ayuda de hombres amigos, para quienes hacerlo constituía una obligación. Y precisamente obtuve la suerte que yo deseaba . Llevé a cabo numerosas campañas con un ejército numeroso, pero no le infligí a la ciudad un desastre tan grande. Jerjes, en cambio, mi hijo, como aún es joven, piensa dislates propios de un joven y mis consejos no tiene en cuenta. Bien sabéis esto, mis coetáneos: todos cuantos tuvimos este poder, no podríamos aparecer como autores de tantos motivos de sufrimiento.  
CORI.- ¿Qué, entonces, soberano Darío? ¿Adónde diriges el fin de tus palabras? ¿Cómo podríamos aún, partiendo de estos hechos, lograr el mejor éxito nosotros, el pueblo de Persia?  
SOM.- Si no hicierais campañas dirigidas a las regiones griegas, aunque el ejército medo fuera mayor todavía, porque tienen por aliada a su propia tierra.  
COR.- ¿Como es eso que has dicho? ¿De qué manera es su aliada?  
SOM.- Matando de hambre a quienes constituyen un número demasiado excesivo.  
CORI.- Entonces enviaremos una tropa ligera, escogida.  
SOM.- Ni siquiera el ejército que ahora permanece en las regiones griegas logrará regresar y salvarse.  
CORI.- ¿Como has dicho? ¿Que no va a cruzar el estrecho de Hele, regresando de Europa todo el ejército persa?  
SOM.- Pocos ciertamente, de los muchos que son, si hay que dar algún crédito a los oráculos de los dioses, a la vista de lo que ahora ha ocurrido, pues no suceden unos sí y otros no. Y, siendo esto así, deja Jerjes allí una tropa escogida del ejército, por dejarse llevar de esperanzas vacías. Permanecen allí donde riega el llano con sus aguas corrientes el Asopo, fertilizante amado de la tierra beocia. Allí les espera sufrir las más hondas desgracias en castigo de su soberbia y sacrílego orgullo, pues, cuando ellos llegaron a la tierra griega, no sintieron pudor al saquear las estatuas sagradas de los dioses ni de incendiar los templos. Han desaparecido los altares de dioses, y las estatuas de las deidades han sido arrancadas de raíz de sus basas y, en confusión, puestas cabeza abajo. Así que, como ellos obraron el mal, están padeciendo desgracias no menores y otras que les esperan, porque aún carecen de fondo sus males, pues todavía se está formando. ¡Tal será la ofrenda de sangre vertida con la degollina en tierra de Platea por la lanza dorada!

<sup>60</sup> Por ser Posidón el dios de las aguas.<sup>61</sup> Cambises.

Montones de cadáveres, hasta la tercera generación, indicarán sin palabras a los ojos de los mortales que cuando se es mortal no hay que abrigar pensamientos más allá de la propia medida<sup>62</sup>.



Cuando la soberbia florece, da como fruto el racimo de la pérdida del propio dominio y recolecta cosecha de lágrimas.

Fijaos en los castigos de estos hechos y acordaos de Atenas y Grecia. Que nadie, por haber despreciado la suerte favorable que tiene llevado del deseo de otros bienes, vaya a perder del todo una considerable prosperidad. Arriba está Zeus, juez riguroso, que castiga los pensamientos demasiado soberbios. Ante esto, "emplead vuestra moderación" y haced que aquél<sup>63</sup> entre en razón mediante prudentes admoniciones, para que deje de ofender a los dioses con su audacia llena de orgullo. Y tú, oh anciana madre de Jerjes, el hijo que amas, entra en palacio y toma atavíos que posean apariencia noble, y con ellos sal al encuentro del hijo, pues en torno de todo su cuerpo, debido al dolor de los males que está padeciendo, los andrajos de su vestidura bordada se caen en jirones. Cálmale con palabras de benevolencia, pues tú eres la única a la que él -yo lo sé- soportará oír, que yo me voy bajo tierra, me sumo en tinieblas. Y vosotros, ancianos, tened alegría a pesar de los infortunios, concediendo placer cada día a vuestro ánimo, porque a los muertos la riqueza de nada les sirve<sup>64</sup>.

(La sombra de Darío se desvanece.)

CORI.- ¡Cuánto dolor me ha causado el oír las muchas desgracias que tienen los persas, tanto las presentes como las futuras!

REI.- ¡Oh mi adverso destino! ¡Cuántos dolores penetran en mí por mis muchas desgracias! Pero esta desgracia me muerde muchísimo más que otra alguna: el oír la deshonra que sufre mi hijo por los vestidos que cubren su cuerpo. Me voy a palacio

a coger vestiduras y voy a intentar salir al encuentro de mi hijo, pues no abandonaré en su desgracia a quien yo más quiero. (La Reina sale de escena, camino de palacio.)

Estrofa 1ª

¡Oh dolor! Antaño gozamos de una clase de vida grandiosa y feliz con arreglo a la ley, cuando el anciano, que era el socorro de todos, bienhechor e invencible Rey idéntico a un dios, Darío, gobernaba el país<sup>65</sup>.

Antístrofa 1ª

En primer lugar, mostrábamos ante las gentes ejércitos famosos que debelaban cualquier ciudad, aunque estuviera fortificada.

Y el regreso traía de la guerra <soldados> que ningún daño habían sufrido, sanos y salvos <a> hogares felices.

Estrofa 2ª

¡Cuántas ciudades logró conquistar sin atravesar el cauce del río Halis<sup>66</sup>, sin salir de su hogar!. Así ocurrió con los poblados del río Aqueloo, en la costa del mar Estrimonio, vecino de tracios<sup>67</sup>.

Antístrofa 2ª

Y las que alejadas del lago están extendidas por tierra firme, fortificadas, obedecían a este soberano. Y las desparramadas por los alrededores del amplio estrecho de Hele y la honda Propóntide<sup>68</sup> y la boca del Ponto<sup>69</sup>.

Estrofa 3ª

Y las islas bañadas por el mar frente a un cabo marino, cercanas a esta tierra, como Lesbos y Samos, plantada de olivares, Quíos y Paros, Naxos, Miconos y Andros, vecina que roza con Tenos.

Antístrofa 3ª

Mandaba también en las situadas en medio del mar, entre ambas riberas, Lemnos y la sede de Icaro<sup>70</sup>

Y Rodas y Cnido y las ciudades de Chipre -Pafos, Salunte y Salamina, cuya ciudad madre es ahora la causa de nuestros gemidos<sup>71</sup>; y a todo lo largo del dominio jónico, en ricas, populosas

Épodo

<ciudades> de griegos mandaba con su propia mente, pues disponía de la fuerza incansable de sus hombres armados auxiliados por tropas compuestas de gentes de todos los pueblos. Ahora, en cambio, soportamos nosotros esto, que sin duda han vuelto los dioses en ventaja de los que son nuestros enemigos, pues hemos sufrido una magna derrota naval.

(Entra en escena una carroza de cuatro ruedas, acompañada de un escaso séquito cubierto de harapos. De la carroza descendiendo Jerjes, con vestimenta real, pero andrajosa. Jerjes se dirige hacia el Cor con paso cansado y vacilante.)

JERJES. - ¡Ay! Desgraciado de mí porque obtuve este horrible destino que no pude prever!

De qué cruel modo atacó la deidad a la raza persa! ¡Miserero de mí!, ¿qué sufrimientos me esperan aún? Pues se me ha aflojado el vigor de las piernas al poner mis ojos en la ancianidad de estos ciudadanos. ¡Ojalá, Zeus, que también a mí, junto a los hombres que perecieron, un destino de muerte me hubiera ocultado!

COR.- ¡Ay, ay, Rey! ¡Ay de nuestro valeroso ejército, y del grandioso honor del imperio persa! ¡Y de la galanura de héroes

que una deidad ahora ha segado! La tierra llora a la juventud que en ella nació, matada por Jerjes, el que abastece de persas al Hades. Numerosos varones Persas, la flor del país, acostumbrados a vencer con el arco, una densa miríada de héroes, han perecido. Ay, ay! ¡Ay, ay! ¡Ay de quienes eran nuestra heroica defensa! ¡Ya la tierra de Asia, oh Rey de esta tierra, miserablemente dobló su rodilla! ¡Miserablemente!

Estrofa 1ª

JER.- Este soy yo -¡ay, ay!- un miserable, un ser nocivo para mi raza y para mi patria. Sí. Fui para ellas una desgracia.

COR.- Como saludo por tu regreso, te envío este grito de mal agüero, un grito pleno de duelo, propio del mariandino que

<sup>62</sup> Esquilo pone en boca de Darío el consejo delfico de ajustar la conducta a la propia limitación. No tenerlo en cuenta ha llevado a Jerjes al desastre.

<sup>63</sup> Jerjes.

<sup>64</sup> No deja de ser curiosa la presencia, en este contexto, de la idea del *carpe diem*. En último término tiene un sentido ético: ¿qué importan las riquezas o el poder perdidos con el desastre, cuando de nada le sirven la muerte?.

<sup>65</sup> Hay aquí un cierto mensaje político. Las cualidades que atribuye el coro a la vida del pueblo persa bajo la dirección de Darío, cuadran mejor con los ideales de la primera democracia ateniense.

<sup>66</sup> Frontera natural entre el imperio persa y Lidia (también conquistada por Ciro).

<sup>67</sup> Se refiere, probablemente, al lago Prasias.

<sup>68</sup> Mar de Mármara.

<sup>69</sup> El Bósforo.

<sup>70</sup> Isla del mismo nombre, cerca de donde cayó Ícaro, hijo de Dédalo, con alas pegadas con cera.

<sup>71</sup> Según el mito, el fundador de esa segunda Salamina es Teucro, hermanastro de Ayante. Cuando Teucro fue desterrado por su padre Telamón, se puso a las órdenes del rey Belo de Siria, se instaló en Chipre y fundó esta ciudad que llamó Slamina en recuerdo de su patria.



- 950 profiere lamentos<sup>72</sup>, un grito de dolor con llanto abundante.  
 JER.-  
 Antístrofa 1<sup>a</sup>  
*Lanzad un lúgubre grito muy plañidero, cargado de acentos de dolor, pues ya se volvió contra mí la deidad.*  
 COR.- *Lanzaré, sí, t también una <canCIÓN> plañidera en extremo, en honor de los sufrimientos de nuestro ejército, por los golpes recibidos del mar, pesadumbre de nuestra raza sumida en llanto. Gritaré desde ahora un gemido acompañado de múltiples lágrimas.*  
 Estrofa 2<sup>a</sup>
- 960 JER.- *El Ares<sup>73</sup> de los jonios los arrebató. El Ares de los jonios protegido en las naves, desequilibrando en su propio favor las fuerzas en lucha, segó la sombría llanura del mar y la malhadada ribera<sup>74</sup>.*  
 COR.- *¡Ay, ay, ay! ¡Gritalo y pregúntalo todo. ¿Dónde está la restante multitud de tu gente? ¿Dónde tus ayudantes, como era Farandaces, Susas, Pelagonte y Agábatas, Dótamas, Samis y Susiscanes que Ecbatana dejó?*  
 Antístrofa 2<sup>a</sup>  
 JER.- *Muertos los dejé. Por desgracia cayeron de una nave de tiro sobre los escollos de Salamina y se estrellaron contra la dura ribera.*  
 COR.- *¡Ay, ay, ay! ¿Y dónde tienes a tu Famuco y al valiente Anomardo? ¿Dónde el jefe Sevalces, de rango de príncipe, o Lileo, el de noble linaje,*  
 970 *Menís, Táribis y Masistras, Artembares e Histecmas? Esto te pregunto en segundo lugar.*  
 JER.- *¡Ay, ay de mí! Tras haber contemplado la antigua, la odiosa Atenas, todos ellos, como resultado de un solo ataque -jay, ay-, los desgraciados, agonizaron en tierra firme.*  
 COR.- *¿Y a la flor de los persas, al que en todo tenías como ojo<sup>75</sup> leal, el que contaba por miles y miles,*  
 980 *sus tropas, Alpisto, hijo de Batanuco, el de Sesamas, de Megábates hijo, y a Parto, y al magnífico Ebares, los dejaste también? ¿Los dejaste? ¡Oh, oh, <joh>! ¡Desgraciados de ellos! Estás contando desgracias que son más que desgracias para los nobles persas.*  
 Antístrofa . 3<sup>a</sup>  
 JER.- *Traes a mi memoria la nostalgia de nobles camaradas, al hablar de supremas desgracias,*  
 990 *horribles, <inolvidables>, inolvidables. Dentro de mi pecho <me> grita el corazón.*  
 COR.- *También, es verdad, echamos de menos a otro, al jefe de miles de soldados mardos<sup>76</sup>, a Jantes, y al ario Ancares, a Diexis y a Arsaces, que eran los jefes de los caballeros; a Hegdabates, Liimnas y Tolmo, insaciable en la lucha. Atónito quedo, atónito quedo de que no te acompañen rodeando tus tiendas dotadas de ruedas<sup>77</sup>.*  
 1000  
 Estrofa 4<sup>a</sup>  
 JER.- *Han muerto -sí- los jefes del ejército.*  
 COR.- *Han muerto -jay!- sin gloria.*  
 JER.- *¡Ay, ay! ¡Qué dolor!*  
 COR.- *¡Qué pena! Deidades causaron un inesperado desastre, manifiesto a los ojos de todos. ¡Qué claro es que Ate ha mirado!*  
 Antístrofa 4<sup>a</sup>
- 1010 JER.- *Hemos sido heridos de una mala suerte que durará a* 1060 *través de los siglos.*  
 COR.- *Hemos sido heridos. Eso está bien claro.*  
 JER.- *Por una calamidad inaudita. Por un desastre que nunca se vio.*  
 COR.- *Por haber tropezado sin buena suerte con marinos jónicos. ¡Infortunado en la guerra el pueblo persa!*  
 Estrofa 5<sup>a</sup>  
 JER.- *¿Como pensar que no lo es? ¡Desgraciado de mí, que he recibido un golpe fatal en un ejército tan numeroso!*  
 COR.- *¿Y qué es lo que no se perdió? ¡Grandes eran las fuerzas de Persia!*  
 JER.- *¿Ves lo que queda de mi vestido?*  
 COR.- *Lo veo, lo veo.*  
 1020 JER.- *¿Y esta caja en que guardo las flechas?*  
 COR.- *¿Qué es eso que dices que ha sido salvado?*  
 JER.- *¡Una aljaba para mis dardos!*  
 COR.- *Poco, en comparación con los muchos recursos que había.*  
 JER.- *Nos hemos quedado sin defensores.*  
 COR.- *¡El pueblo jónico no huye del dardo!*  
 Antístrofa 5<sup>a</sup>  
 JER.- *¡Valeroso en exceso! Vi una derrota que no me esperaba.*  
 COR.- *¿Me vas a hablar de la confusión de las naves de guerra puestas en fuga?*  
 1030 JER.- *Rasgué mi vestido, ante la desgracia de ese desastre.*  
 COR.- *¡Ay pena y dolor!*  
 JER.- *¡Y aun, sí, más que pena!*  
 COR.- *¡Doble pena es! ¡Y aun triple dolor!*  
 JER.- *Penoso para nosotros, pero alegría para el enemigo.*  
 COR.- *¡Y quedó nuestra fuerza mermada*  
 JER.- *Me encuentro privado de escolta.*  
 COR.- *...por la derrota en el mar de nuestros amigos.*  
 Estrofa 6<sup>a</sup>  
 JER.- *Llora, llora tu pena y vete a tu casa.*  
 COR.- *¡Ay, ay! ¡Ay, ay! ¡Mi ruina! ¡Mi ruina!*  
 1040 JER.- *¡Grita, sí, como eco a mis gritos!*  
 COR.- *Triste don a tristezas de tristes!*  
 JER.- *¡Gime y pon junto al mío tu canto!*  
 COR.- *¡Ay, ay, ay! Dolor! Rigurosa, sí, es esta desgracia! ¡Qué intensamente también me duele!*  
 Antístrofa 6<sup>a</sup>  
 JER.- *Sigue remando, sigue remando y llora mi cortesía perdida<sup>78</sup>.*  
 COR.- *¡Anegado en llanto profiero gemidos!*  
 JER.- *¡Grita, sí, como eco a mis gritos!*  
 COR.- *¡Bien puedo cuidarme de eso, Señor!*  
 JER.- *¡Eleva, entonces, tu voz con lamentos!*  
 1050  
 COR.- *¡Ay, pena! ¡Ay, dolor! ¡Y con estos gritos también se habrán mezclado -jay!- mis negros golpes con los que gimo.*  
 Estrofa 7<sup>a</sup>  
 JER.- *Araña tu pecho y grita el grito misio.*  
 COR.- *¡Pena! ¡Pena!*  
 JER.- *¡Y arranca de tu mentón la barba canosa!*  
 COR.- *¡Hundiendo con fuerza las uñas! ¡Hundiendo con fuerza las uñas de forma que arranque intensos lamentos!*  
 JER.- *¡Lanza un grito agudo!*  
 COR.- *¡También haré eso!*  
 Antístrofa 7<sup>a</sup>
- 1060 JER.- *Haz trizas con tus dedos la ropa de tu pecho!*  
 COR.- *¡Pena! ¡Pena!*  
 JER.- *¡Arráncate el cabello a puñados y siente con pasión del ejército!*

<sup>72</sup> Los bárbaros mariandinos (Pausanias V 26, 7) habitaban en Bitinia. El Coro los presenta como ejemplo, que imita, de manifestación exaltada de dolor.

<sup>73</sup> Antonomasia: "el valor guerreño".

<sup>74</sup> Salamina.

<sup>75</sup> Los funcionarios del imperio persa recibían el nombre de "Ojo del Rey".

<sup>76</sup> Los mardos, tribu nómada, se integraron en el imperio persa.

<sup>77</sup> Es un carro oriental, entoldado y con cortinas, en el que se desplazaban las mujeres.

<sup>78</sup> El Coro acentúa intencionadamente sus golpes de pecho en señal de dolor, imitando la acción de remar. Con ello, la intención del Coro, poner de manifiesto que el desastre lo ha causado Jerjes por arriesgar a los persas en una empresa naval, no pasa inadvertida para Jerjes, y manifiesta su dolor potenciado por la falta de cortesía de que es objeto.

COR.- ¡Hundiendo con fuerza las uñas! ¡Hundiendo con fuerza las uñas de forma que arranque intensos lamentos!

JER.- ¡Inunda tus ojos de lágrimas!

COR.- ¡Los tengo empapados!

Épodo

JER.- ¡Grita, si, como eco a mis gritos!

COR.- ¡Ay, ay, ay, ay!

JER.- Entre lamentos marcha a tu casa

(El Coro inicia la salida con paso tardo por la edad.)

1070 COR.- ¡Ay, ay, tierra persa, difícil de andar para mí

JER.- ...¡ay, ay, si, a lo largo de la ciudad!

COR.- ¡Ay, ay, sí! ¡Sí, sí!

JER.- ¡Gemid, caminantes que andáis sin aliento!

COR.- ¡Ay, ay, tierra persa, difícil de andar para mí!

JER.- ¡Ay, pena y dolor de los que murieron! ¡Ay, pena y dolor sobre nuestros navíos de guerra!

COR.- Te despediré con tristes gemidos.

(El Coro abandona la escena. Jerjes queda solitario y abatido.)

1077 Segundos después entra en el palacio.)